

SM
Ca 7
224

47
5-9

LA

FIDANZATA

CORSA.



Venturia Felice

Es propiedad del Impresor.

Veniras
h

h
M
y
Cm
ar
R

B
Ven



1036737

SM C*7 224

Req. por un amigo de
la Biblioteca - 1897.

LA
DESPOSADA CORSA. 224

MELODRAMA TRÁGICO

EN TRES ACTOS.

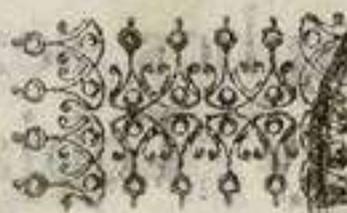
POR SALVADOR CAMMARANO.

TRADUCCION LIBRE
DEL ORIGINAL ITALIANO,

QUE SE HA DE REPRESENTAR
EN EL TEATRO DE ESTA CIUDAD;

PUESTO EN MÚSICA
POR EL MAESTRO D. BENITO ANDREU, P.^{to}

Año de 1846



MAHON

Imprenta de D. Pablo Fabregues.



PERSONAS.

ALBERTO DORIA, Proveedor de la república genovesa.

D. Luis Bianchi.

PEDRO ZAMPARDI.

D. Emilio De Laneuville.

HECTOR.

ROSA.

} sus hijos.

D^a Luisa Tessari.

D^a A. Stella De Laneuville, académica filarmónica de Bolonia.

GUIDO TOBIANCHI.

D. Juan Nottoli.

ALEJO, su hijo.

D. Pedro Daddi.

JACINTA, doncella de Rosa.

D^a M. Gracia Gonzalez.

LEON, pariente de Pedro.

D. Mauro Saccomani.

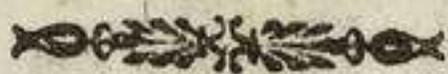
Parientes de ambos sexos de las familias Zampardi y Tobianchi. = Pescadores. = Oficiales y soldados genoveses.

El lugar del acontecimiento es en Córcega, en el siglo XV.

ACTO PRIMERO.



EL DESAFÍO.



ESCENA PRIMERA.

Atrio de la casa de la familia Zampardi. Á un lado, puerta que conduce á las habitaciones, al opuesto, enrejado de los jardines, en el fondo, vista amena de tortuosos cerros

Mesa, y al rededor de ella Leon y varios parientes de la familia Zampardi, unos en pié, otros sentados, echando vino y vaciando con reiteracion las copas. Todos ellos llevaran su mosquete. (1)

ALTERNANDO.

Echa, echa. Brindemos al regreso del valiente, que marchó á pelear. Ahora que vuelve á la morada de sus

(1) Los Corsos acostumbraban llevar siempre su propio mosquete; por lo que los actores no lo dejarán durante todo el Drama.

mayores, en compañía de su padre, alegrarnos vea.

Brindemos. En el campo de la gloria, el aspecto de la muerte desafió, y deshaciendo á los enemigos, hizo ver que el alma de un Corso su pecho abriga.

ESCENA 2.^a

PEDRO Y DICHOS; EN SÉGUIDA ROSA Y JACINTA, Y AL FIN HECTOR.

Pedro. Parientes, todo júbilo son vuestras palabras en el corazón de un padre.

Leon y los parientes. Una copa, Zampardi. Siempre compañero es el vino de momentos tan alegres. Una copa, pues.

Pedro tomando una copa. Si, echad.

Los parientes. Brindemos al regreso del valiente, que marchó á pelear. Ahora que vuelve á la morada de sus mayores, en compañía de su padre, alegrarnos vea.

Pedro dejando la copa. Desde aquella cuesta descubriremos la bandera

genovesa, que prisionera llega.

Leon. Fácil no es, entre tantos, divisar al hijo.

Pedro. Lo es, Leon, á la vista de un padre.

Tardo, pero, pasa el tiempo para el deseo que me apresura! Vosotros no ignorais cuanto le amo; sabe la Córcega toda que para sustraerle de la ira de los de Tobianchi, el largo y tenaz enojo heredado refrené, y sentimientos de paz manifesté á Guido.

Enmudeció en mí una venganza de un siglo entero de duracion! Estreché una mano bañada aun con mi sangre! Y soy Corso! Y las duras ofensas llevo escritas en el centro de mi corazon!

Un tal portento muestra cual sea el amor de un padre.

(Óyese á lo lejos una música marcial.)

Los parientes. Tañido algo distante de instrumentos bélicos!

Pedro. Es verdad!

(A un criado que sube á las habitaciones.)

Mi hija....

Entre tanto Pedro, seguido de sus parientes, sube á la falda de un collado, que corre á poca distancia del atrio.

Rosa á Jacinta. Ves, tráeme noticias de Alberto.

Jacinta á Rosa. Espero dároslas lisonjeras.

Rosa. Apresúrate.

Jacinta. Vuelo... entre tanto, so-segaos....

Vase rápidamente por la puerta del jardin. Rosa va á encontrar á su padre. El estrépito de la música belicosa retumba de cerca, y ya las tropas genovesas atraviesan los valles: de estas el espectador no descubrirá mas que el remate de los arcabuces y las banderas.

Pedro. Me parece....

Rosa. Le divisais ?

Pedro. Ah ! si. mírale... al lado de la bandera.

Rosa agita el pañuelo al aire ; los demas hacen lo mismo con los sombreros hacia donde ha señalado Pedro. Despues de haber pasado el regimiento, vuelven todos al atrio. Pedro sigue.

Pedro. Dentro de poco, á nuestro pecho le podremos estrechar !

Rosa. (En el fondo del mio ocúltate, ó confusion mia extrema...)

Hector al llegar á la entrada del atrio. Padre !.... Hermana !....

Pedro y Rosa corriendo á abrazar á Hector. Él es.....

Los parientes. Gloria y honor sea á tí, jóven valeroso.

Pedro. Hijos míos, un solo abrazo ambos á mi os ligue. Siento entre vosotros embriagarse esta alma de placer ! Con mi contento, pero, mezclado está tambien el orgullo ! Feliz entre los hombres puede llamarse aquel padre que hijos no degenerados estrecha á su corazon !

Rosa. (Cual un puñal caen sus

palabras en mi pecho!)

Hector. Tal júbilo lleva en sí este abrazo, que con trabajo puede una alma resistir!

Los parientes. Tanta alegría premio es debido á tu valor.

Hector. Urgentes pliegos del Senado liguro (1) traigo para Guido.

Pedro. Yo mismo, al punto, á él iré; tú, en tanto, descansa del largo camino.

[*Hector da un pliego á Pedro*]

Hector al coro, que se dispone á irse con Pedro, dando la mano á unos y abrazando á otros. Parientes, adios...

Leon y los parientes. Adios.

Vanse con Pedro.

Hector. Rosa, que es esto! Solo tú á mi llegada al parecer no te alegras!

Rosa. É imaginarte puedes.....

Hector. Te aflige ciertamente la memoria del desposado, que entre grillos se consume en dura prision. Ani-

ma con la esperanza tu corazón doliente: yo quisá de la gracia he sido el portador.

Rosa. La gracia!....

Hector. Si; y tú, esposa de Alejo, iras en breve al ara....

Rosa con turbacion manifiesta.

Al ara!.... en breve!....

Hector despues de haberla observado largo rato en ademan de querer penetrar con la vista su ánimo. (Recordar ahora una historia de sangre necesario fuera.) Disputado campo la ira de los de Tobianchi y Zampardi despertó: juróse la venganza, y por espacio de cien años vió la Córcega atrocamente matarse nuestros abuelos á porfia. La caridad, por fin, de padre con los hijos, su poderoso grito en el corazón de Guido levantó. Tú aquel mismo campo tuviste en dote para llevarlo á Alejo Tobianchi: prometida despues á él, la patria ley vuestros destinos unia.

Rosa. Yo dos lustros cumplia entonces, solo dos : el juramento no proferí, y ley no hay entre los Genoveses que reconozca mis vínculos.

Hector severamente. Jamas palabras insanas te oiga el padre pronunciar ! Él juró : del juramento fué garante Dios ! tú eres hija, Rosa ! Obedecerle á tí conviene. Si de oculta llama tu pecho ardiera, ay infeliz ! maldicida bajarías á la tumba.

Rosa. Cielos !

Hector. Pero no..... tú de sangre naciste que nunca se manchó !

Rosa. (Aquel mismo labio del que la voz de confortacion esperaba oír, aquel mismo, ay de mi ! fulminaba la mas feroz amenaza.

Polvo es ya aquella que se apiadaba de mí ! Desventurada, infeliz la que de la madre ha privado el Cielo ! la que la lloró arrebatada á la luz del dia en la aurora de la edad !.... en el camino de su vida una sola flor no se

abrirá.....)

Óyese repetir el nombre de Hector. Rosa dice á este.

Tu nombre, acaso, no oyes repetir?
Hector. Quien me llama?

ESCENA 3ª

LOS MISMOS, JACINTA, LEON Y DEMAS PARIENTES DE
LA CASA ZAMPARDI.

Jacinta, que habia aparecido ya á la salida del jardin, cogiendo la oportunidad de no ser acompañada de Hector, que habrá pasado á la otra parte del atrio, para encontrar á sus parientes, corre hacia Rosa, le pone un billete en las manos y le dice.....

Rosa? (Vase.)

Hector. Que ha sido?

Leon. Nuncio soy de alegría....

Hector. Hablad.

Rosa aparte, despues de haber abierto el billete y dado una ojeada,

Cifras de Alberto!

Leon. Alejo está libre.

Rosa. [Dios!]

Leon. En breve le veras llegar.

Rosa. [Que es lo que oigo!]

Leon. Al tálamo será Rosa mañana conducida.

Rosa. [Soy perdida!]

Desmáyase en una silla y le cae el papel de la mano.

Los parientes. Ordenate el padre recibir bien al esposo. (*vanse con Leon.*)

Hector volviendo. Cielos! Desmayada!.... Un congojoso jadeo el seno le agita.... (*vé el billete.*) Mas que miro! (*coge el papel y rápidamente lee.*)

Tremendo arcano!

Rosa empieza á volver en sí. Hector echa el papel adonde estaba y se retira en el fondo del atrio.

Rosa. Desventurada! El billete donde está?..... Respiro!

Coge diestramente el papel y lo esconde en el seno.

Hector adelantándose. Oíste?

Rosa. Si.

Ambos disimulan, el uno la ira y la

otra el temor.

Hector. De la cárcel.....

Rosa. Fué sacado, lo sé.

Hector. Cuan pálido está tu rostro ! Tiemblas ?

Rosa. Yo temblar ?..... No....

El impreviso anuncio mi alma sorprendió.... El placer, á veces, mas que la pena oprime un corazon.....

[Profundo abismo veo abierto delante de mí !..... Solo Alberto, gran Dios, salvarme en este momento podrá.]

Hector. En breve tu esposo debe aqui llegar, ya lo sabes ! El dia siguiente seras con él conducida al templo. (Seductor vil, quien de mi brazo te podrá defender.... La mano de Dios aqui oportunamente me guió.

Vanse por opuestas partes.

ESCENA 4ª

Parte de la casa de la familia Zampardi, que corresponde al jardin; vigorosas vides estan unidas á la pa-

red, que gira en ángulo; el lado de esta, que es la que mejor vé el espectador, tendrá practicadas unas gradas, poco elevadas del piso, debajo de las cuales habrá un asiento de piedra; espesos grupos de árboles acá y acullá; en el fondo, unos enrejados abiertos, á poca distancia de la orilla del lago, en cuyas aguas refleja la luna naciente.

Alberto adelantándose cautamente del enrejado, embozado con la capa.

Por fin llegué. Ay! Aquí por primera vez dije te amo, y aquel caro labio contestome con la misma voz! Lejos hasta ahora de tu vista celestial. Ó cuanto, alma mia, cuanto hé penado! Fúnebre me pareció el Cielo, pálida la luz.... no viví ya sino como el corazon en el pecho de un cadáver!

Aquí toda aura sopla suave, rie el firmamento y una nueva vida siento de gozo y amor.

Héchase de las gradas una flor. Alberto la coge y palmea ligeramente, diciendo:

La señal.....

ESCENA 5ª

ROSA Y EL MISMO.

Rosa apareciendo en las gradas.

Alberto?

Alberto ayudándole á bajar.

Rosa.....

Rosa. Eres tú! Vuelves, por fin, ingrato, despues de tan larga ausencia!

Alberto. Los mandatos del Senado fué preciso obedecer.

Rosa. Es imposible con palabras mis angustias esplicar: al extremo habian llegado ya, cuando liguras naves oyéronse atracar en el puerto de Bastía.... de esperanza saltó mi corazon... quedó burlado!

Alberto. De alegría soy yo el portador: Mi padre una carta te escribió: el oculto himeneo, que tuyo me hizo,

es bendecido del consentimiento paternal.

Rosa. Ay de mí! Continuemos en ocultarlo.... Aquí la tumba abierta está para mí.

Alberto. Rosa!

Rosa. Ignoras, acaso, que las corras leyes muerte dan á la doncella que faltar osa á la promesa nupcial?

Alberto. En oscura cárcel gime, pero, tu desposado indigno, que vibrar el acero se atrevió en el pecho de un genoves.

Rosa. Vino la gracia!

Alberto. Qué!

Rosa. Quiérese llevarme mañana al ara.

Alberto. Será verdad!

Rosa. Esta misma noche has de salvarme.

Alberto. Ó suerte adversa! Tres dias mas debo aqui permanecer..... Órden suprema preciso es que yo cumpla antes que vuelva á ver las pa-

trias orillas.

Rosa prorrumpiendo en llanto.

Tres días! Ay, desventurada! Ya lo sabía que el cielo me había de abandonar.... Ves.... déjame..... yo me quedo.... manifiesta será mañana la verdad. En su tremendo justo furor, mi padre.... me matará.

Alberto. Acaba, cruel, acaba... La sangre, en mis venas, de horror me haces helar! Tú, bien mio, tú, vida de mi vida, herida de la execrable ley! El acero de tu padre vuelto á tí! El universo antes se estremecerá.

Quedar me impone mi deber.... á huir con Rosa el amor me obliga.... Húyase.

Rosa. Ó contento!

Alberto. Dios poderoso, ayúdame despues.

Rosa. Oíste algun pequeño ruido?

Hector se deja ver á la salida.

Alberto. Observa.

Rosa. Yerta me he quedado!

En tanto que esta se adelanta algunos pasos hacia la salida, Hector se esconde entre los árboles. Rosa volviendo dice: No.....

Alberto. Es quisá el aire: Rosa, oye.

Rosa. Di.

Alberto. Al llegar á la mitad de su carrera la sombrosa noche, en el espeso bosque ocultos mis corceles tendré. Tú aqui me espera.

Señalando las gradas.

Rosa. Si, pero ven.

Alberto. La oscuridad protegerá nuestra fuga.

Rosa. Ay! Si engañada es mi esperanza, Alberto, moriré.

Alberto. Descansa en mí. Un rato de esperar, y juntos despues para siempre.

Rosa. Ah! si, para siempre, bien mío, contigo.

Los dos. Tú sol^a: de esta alma todo el imperio tendras... Tú el án-

gel, tú el destino seras de mis días...
Viviendo te adoraré, te llamaré mu-
riendo..... Será mi postrer latido un
latido de amor!

*Alberto acompañando á Rosa hacia
las gradas. Adios.*

Rosa. Veloz vuelve.

*Alberto. En prenda mi corazon
te dejo.*

*Rosa se retira. Alberto se emboza con
la capa y se dirige al enrejado; cuan-
do se oye andar á varias personas.*

Alberto continúa en hablar.

*Gente se acerca! Preciso es
esconderme.*

Se mete entre las plantas.

ESCENA 6ª

**PEDRO, LEON, GUIDO, ALEJO Y PARIENTES DE AMBOS
SÉXOS DE LAS FAMILIAS ZAMPARDI Y TOBIANCHI.**

*Pedro parándose junto al umbral;
y con pomposa voz dice: Guido,
Alejo, heos aqui abierto el albergue
de los de Zampardi. Amiga diestra os
doy: el cielo es de ello testigo.*

Guido. El pacto de paz, ó Pedro, inviolado observaremos, siempre que roto por vos, primero no sea. Por testigo el mismo cielo damos.

Alejo á los parientes. El canto entonad.

Sigue á su padre, Pedro y Leon á la casa de los de Zampardi. El coro se acerca á la ventana del cuarto de Rosa, y punteando las guitarras nacionales, canta la serenata siguiente.

Coro. Ó jovencita esposa, suave sois, gallarda, gallarda, si, cual rosa de hermosa mañana de abril, suave como el céfiro que del jardín sopló.

Parte de su hermosura el cielo os ha dado. *Entran en la casa.*

ESCENA 7ª

ALBERTO DESPUES HECTOR.

Alberto. Por fin, se fueron..... Vamos ahora.... Funesta toda tardanza podria ser....

Hector poniéndose delante de él.

Deteneos.

Alberto. [Cielos!] Quien sois?
Que quereis?

Hector. Y vos, decid, que haceis aqui?

Alberto. Yo razon no doy de mi obrar. Á un hijo de Génova respetad en mí, y dejad el paso libre.

Hector. No.

Alberto. Si idea de rapiña os movió, satisfaga este oro vuestro deseo.

Le echa un bolsillo.

Hector. Oro? Vuestra sangre quiero.

Alberto. Mi sangre!

Hector hirviendo de ira, pero re-frenando la voz. El templo del honor y la inocencia aquellos muros formaban! La mas casta y pura virtud con su presencia lo embellecía! Vos, perverso, vos su decoro, sus prendas destruisteis! Los palacios cargados de oro, en la tierra que os vió nacer, cubre de afrenta, riéndose, quisá, un temerario seductor..... Las orillas cor-

sas son estas! Allí se ríe, muérese aquí.

Alberto. Mi patria, vil, sagrada playa como esta es: en Italia yo también nací.... maldito el que la ultraje! Horrendo rayo reluce en vuestras palabras é indignacion! Desdichado de vos, si mis sospechas del todo no desvaneceis! Todas vuestras fibras sentireis helarse de terror! Pedireis á la tierra que á mi furor os cele.

Hector. Sean mis golpes respuesta á la osadia de un insensato.

Poniendo la mano al puño de la espada, y haciendo seña á Alberto de seguirle hacia el lago.

Alberto. Oid.... solo una palabra. Decidme. El desposado con Rosa sois acaso vos?

Hector. Yo?..... Si.

Alberto sacando la espada. Basta. Venid.

Hector sacando la espada. Tumba entre aquellas olas tendrá el ven-

cido.

Óyese la música festiva del banquete.

Los dos. El estruendo que en los aires retumba, el de las armas apagará. Vos mi acero provocasteis, y él en mi diestra relampagueó. Pensad en Dios; la hora de muerte para vos ha llegado. De mil golpes herido morireis. Vos de toda compasion me despojasteis. En vuestro pecho lacerado gota de sangre no quedará.

Corren á la orilla del lago, donde, apénas llegados, échanse furiosamente uno sobre otro. Sigue la música en la casa de los de Zampardi, hasta bajarse el telon de boca.

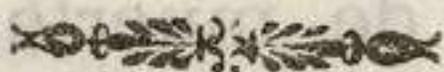
FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.



LA FUGA.



ESCENA PRIMERA.

Sala que precede el dormitorio de Rosa, al que se entra por una puerta á la izquierda: otra puerta á la derecha: en el fondo, á un lado la ventana, cuyo exterior se vió en el acto primero: al otro, una puerta con arco, cerrada con cristales y guarnecida de cortinas: al estar esta abierta, deja ver la cama de Pedro: en uno de los ángulos, una mesa con luces y una silla.

ROSA Y JACINTA.

Rosa. Aquí, pues, quedarán?

Jacinta. Toda la noche.

Rosa. Cielos! Y mi hermano?

Jacinta. Del cuartel, adonde, á la entrada de la noche, de repente se dirigió, no vuelve aun.

Rosa. Quien llega?... Mi padre!

ESCENA 2.^a

LAS MISMAS Y PEDRO.

Pedro pone un cofrecito encima de la mesa, y hace seña á Jacinta que salga: esta obedece.

Rosa al irse Jacinta. [Tiemblo!] (á Pedro.) El festin dejasteis?

Disimulando la agitacion que la oprime y mirando atentamente si en el semblante de su padre se manifiesta alguna señal de cólera ó sospecha.

Pedro. Á mis parientes confié el encargo del cuidado del hospedage. Mientras alli con ardor se baila, yo, con un breve rato de sueño, mi anciano cuerpo confortaré. Antes, pero, óyeme. Mañana, como lo dijo el Señor, el padre dejaras por el esposo; y libre despues de la severa costumbre que

tiene siempre separadas las doncellas corsas de toda fiesta, adornar deberas de joyas tu pecho, tu cabeza.... Hete aqui las de tu madre.

Le presenta el cofrecito.

Rosa. Ó madre!

Rosa saca del cofrecito una cadena de oro, se la acerca al corazon y la cubre despues de besos.

Pedro. Estas prendas mas gentil te haran á los ojos de Alejo. Las virtudes imita, ó hija, de aquella que un dia las poseyó, y mire el cielo con placer tus vínculos. Adios.

Rosa se turba y deja caer la cadena en el cofrecito. Pedro toma una luz y se encamina á su cuarto.

Rosa despues de un rato de irresolucion. Padre.

Pedro parándose. Que deseas?

Rosa. Una gracia.

Pedro volviendo. Si concedértela puedo, la tendras.

Rosa. La última noche es esta que

paso en la morada paterna!..... Puesto que separarnos debemos.... tan pronto! bajo funestos auspicios vuestra hija no parta..... Dadme, padre mio, la bendicion.

Se arrodilla á los pies de Pedro.

Pedro conmovido, alarga la mano derecha sobre la cabeza de Rosa, alza los ojos al cielo y esclama.

Esposa mia, fija aqui abajo desde el cielo tu vista.... Únete, alma bella, conmigo para bendecir á nuestra hija. Eterno Dios, mostraos á ella propicio, concededle cuanto el paternal amor os puede pedir.

Rosa. [Súplica tan pia, tan tierna ascienda al cielo acogida..... Monarca del empireo, bendecidme, oidle! no pero en el ímpetu de ira tremenda, vengadora.... Solo cuando bendice, es un padre semejante á vos.]

Pedro levantándola. Ves ahora, Rosa, y plácido sueño cierre tus párpados..... Al nacer el alba te haré dis-

pertar.

Rosa. [No verle mas!]

Llorando amargamente, estrecha la diestra á Pedro y la cubre de besos.

Pedro. Bañada estas en lágrimas!

Rosa. [Despedazado tengo el corazón!]

Pedro. Porque este llanto?

Rosa. Ay, padre mio!....

Pedro. Por cual motivo? **Di.**

Rosa, á quien los sollozos impiden hablar, se abandona en los brazos de Pedro.

Pedro. Ternura dispiértase en mí mas poderosa de lo acostumbrado! Nada temas, hija mia: dias serenos te prepara el destino clemente: protectora de tus vínculos tu madre conmigo será.... Ella en el cielo, tu padre en la tierra vigilaran en tu favor.

Rosa. Un momento, ó padre, á lo menos, este santo abrazo prolongad.... Estas lágrimas en vuestro seno, ah! séame permitido derramar... (Por

el esposo, ay de mí! he de abandonar á mi padre! Ah! Los placeres de la tierra son comprados con el dolor!)

Pedro entra en su dormitorio y cierra la puerta. Rosa, despues de haber quedado largo tiempo inmovil, échase en una silla y llora.

Rosa. Ignoraba que tanto me amase! Hija cruel, ingrata, y yo para siempre le abandono?.... Me es preciso: un puñal clavaría en mi pecho al saber.....

Al volver horrorizada la cara hacia el cuarto de su padre, se presenta á su vista el cofrecito, y esclama:

Las joyas de mi madre!..... No me atreveré siquiera á mirarlas.

Quisiera apartarse, mas no puede.

Ah! Este collar, madre mia, de cabellos vuestros trenzado, no para adorno, para recuerdo llevaré.

Arranca el cerradero de oro, y se pone el solo collar. Óyese tocar media

noche. Rosa sigue.

*Ay! Esta es la hora.
Va temblando á la ventana, la abre
y mira afuera.*

*Él es! quièn me detiene?...
Quien mis pasos vuelve atras?... Por
última vez he de ver por fuerza á
mi padre! Vamos.....*

*Abre cautamente la puerta del cuar-
to de su padre. Una lamparilla
alumbra apénas la cara del anciano.
Rosa se acerca á él, titubea un mo-
mento, despues se inclina y le besa
la mano: retrocede espantada, mas,
segura de que continua en dormir,
vuelve á cerrar la puerta. En tanto, un
embozado con la capa de Alberto ha-
brá subido á la ventana. Rosa conti-
nua hablando.*

*Alberto!..... Duerme profun-
damente.... Huyamos.....*

ESCENA 3ª

HECTOR Y LA MISMA.

Hector echando la capa y adelan-

tándose. No.

Rosa. Á quien miro! Á Hector!
Cielos!

Hector. Hay un Dios! Este confunde á los malvados.... Este mi diestra dirigia contra tu indigno raptor.

Rosa. Que es lo que dices?.....
Tú?..... por ventura?..... Ó susto!...
Que hiciste de él!....

Hector echándole á los pies la espada ensangrentada. Mira.

Rosa. Él?...- Él?....

Hector. Murió.

*Rosa en el delirio de su mas horrible desesperacion da un agudisimo grito.
Hector sigue en hablar.*

Calla.... sosiégate.... salvé tu honor.

Rosa. Mi esposo, ay de mí, cruel, asesinado! Mátame, pues, ahora á mí.

Hector espantado. Hermana! Dios!

Rosa. No tienes, acaso, valor?
Sea, pues, la mano del airado padre.
Corriendo hacia el cuarto de su padre.

Hector deteniéndola del brazo.

Que oí?... Detente.

Rosa. En vano.... padre... padre...

Hector. Insensata, teme á su furor.

Rosa. Quítame él la vida. Padre...

Hector. Acaso te aconseja el genio de la muerte?

Rosa. Si....

Óyense voces en los aposentos contiguos. Rosa sigue.

Que gritos son estos !....

Hector. Es perdida!

ESCENA 4ª

GUIDO, ALEJO, LEON, JACINTA, PARIENTES DE LAS FAMILIAS ZAMPARDI Y TOBIANCHI, DE LA PUERTA DE LA DERECHA; DESPUES PEDRO, DE SU CUARTO, Y DICHOS.

Los llegados, menos Pedro, corriendo.

Rosa !....

Pedro corriendo. Hija !....

Rosa con voces interrumpidas y siempre cual demente.

Padre, oidme.

Hector. Acaba.

Rosa con mas fuerza. Oidme.....
señalando à Hector. Él.... mató..... à
 mi..... esposo....

*Espanto de Hector y Jacinta; vivisi-
 ma sorpresa de los demas. Rosa sigue.*

Si..... esposo..... oculto nudo me
 ligaba....

*Todos menos Pedro, Hector y Ja-
 cinta.* Será verdad!

*Pedro queda algunos ratos inmóvil;
 herido despues de un temblor convul-
 sivo en todos sus miembros, toma de
 repente y con viveza la espada de
 Hector, que habia quedado en el sue-
 lo, y se echa sobre la hija, diciendo:*

Si, muerte!... muerte á la impía!...

Hector deteniéndole. Padre!.....

Jacinta. Cielos!....

Leon. Por Dios! Señor?

Rosa. Herid....

Hector, Jacinta, Leon, los de Zampardi.

Ah! No....

Guido, Alejo, los de Tobianchi.

[Cual horroroso velo se rasgó?]

Los de Zampardi

[Brilló una triste luz.]

Quitase la espada de la mano de Pedro. Señales de ferocísima rabia se manifiestan en el rostro de Guido y Alejo. Breve espantoso silencio.

Rosa á Hector. Me quitaste, inhumano, cuanto me concedió Dios! Compasivo ahora en daño mio, porque aquella mano detienes?

Volviéndose á su padre.

Don horrendo fué para mí la vida que me disteis.... Ay! matadme... y mejor sea el de la muerte, ó padre!

Pedro. Cae un rayo en mi cabeza!.... Abierto está el abismo delante de mí! Tú mi tumba excavaste, cubrísteme de infamia. Ojalá, malvada, en la cuna te hubiese sufocado.... El momento en que naciste maldecido fué del Señor,

Hector. Apiadaos, padre mio de ella, no la oigais.... Es el delirio que la acomete; no es ella, no, la que habla. Atravesó mi acero el pecho del cobarde que nos ofendió. Un rio de sangre borró la mancha hecha á nuestro honor.

Guido, Alejo y los de Tobianchi.

(Ah! Que el deshonor, aun mas que á los de Zampardi, á nosotros hiere!)

Jacinta, Leon y los de Zampardi observando á los de Tobianchi.

(Cada una de sus feroces miradas es un rayo de furor!)

Guido adelantándose hacia Pedro.

Cuan justamente indignacion atroz arde en un pecho preciso es que otro acento aqui manifieste.

Jacinta. (Ay! cual terror!....)

Guido á Alejo. Habla.

Alejo. Abandono un albergue vil, en que grabada fué la imágen de la culpa. Dada sea mañana razon de la

afrenta que esta infame hizo á mi decoro.

Hector en ademan de echarse sobre Alejo.

Ah! Tanto atrevimiento!.....

Pedro detiene al hijo con una seña de autoridad. Vuélvese despues á la hija y le dice:

En presencia de estos me obligaste á abochornar!

Con esta idea, ciego de rabia, corre á su hija, y arrastrándola de los cabellos, la hace arrodillar á sus pies, y le dice:

Ve..... Del paterno techo te arrojó..... largo suplicio sea tu vida.....

Dios poderoso, en el eterno juicio, cual yo hice, arrojadla tambien de vos.

Rosa. Ay! Repelida del seno paternal, maldecida, infamada, avilida, déjanme los crueles con vida, para dividirme, ó esposo mio, de tí!

Hector á Guido y Alejo. Andad, bárbaros.... en el pecho de mi padre

mas adentro clavasteis el puñal.... Vosotros razon pedis del ultraje, la debida tendreis de mí.

Guido, Alejo, los de Tobianchi.

Temblad! temblad! Á tanta injuria, el infierno de la ira volvio-se á despertar.... Ó Zampardi, la hora es esta del llanto; la de la sangre lejos no está!

Jacinta, Leon, y los de Zampardi.

Ah! Las almas vuelve á dominar la jurada venganza de los abuelos!..... Este albergue de afectos suaves, en triste campo de indignaciones se convirtió.

Los de Tobianchi vanse amenazadores. Hector y los demas sustraen á Rosa de la ira paternal.

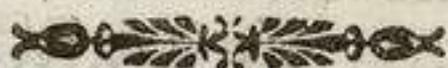
FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.



LA VENGANZA.



ESCENA PRIMERA.

Algunas habitaciones á la orilla del lago: redes y otros arreos y útiles para pescar esparcidos en ella.

Alberto sentado en medio de algunos pescadores. Está desabrochado, por lo qué se descubre una venda que le cruza el pecho.

Alberto. Ay! Nace ya el dia!....

Pescadores. Señor, esperad tranquilo; Jacinta pronto llegará. Leve es vuestra herida, necesita, pero, de descanso aun.

Alberto. Los latidos, las angustias de un infeliz ahora enteramente conozco!.... Dia de horror sucede á

noche espantosa, noche que, la última, ó Rosa, me pareció ser!

Ya con la sangre me habia quitado la herida todo vigor..... Solo el pensamiento de nuestro amor vivia en mí!

La última hora de la vida tan tremenda no creia..... Ah! No temia al morir, si, pero, de tí dividirme.

Pescadores. Ella llega.

ESCENA 2.^a

JACINTA CONDUCTIDA POR UN PESCADOR, Y DICHS.

Jacinta. Sueño acaso?.... No, vos vivis!..... y ella, no ostante, desesperó.... os lloró.....

Alberto. Á esta buena gente debo la vida: Vióme á la sangrienta orilla, me cogió..... mas, háblame de Rosa..... Quitóse el velo del arcano? Dí.

Jacinta. Demasiadamente! y ninguna esperanza queda ya.

Alberto. Que es lo que oigo!

Ay! Habla, muger, habla.

Jacinta. Reúnese la venganza para juzgarla!

Alberto en la mayor agitacion.

Ay de mí! Aquí horrorosa muerte siempre una venganza sonó.

Pescadores. Sosegaos.... por favor, vuestro estado respetad.

Alberto. Yo allí iré. No, perversos, no, consumada no será la escena atroz.

Encaminase impetuosamente, mas luego vacila y dice: Ay! que el pié me sostiene apénas!.... Un oscuro velo me circuyó!.... Dadme, cielos, un soplo de vida..... un solo momento de existencia..... Sávela yo, y despues contento bajaré á la tumba!

Jacinta y pescadores. Sostengaos en el riesgo aquella mano que lo puede todo.

Vase Alejo ayudado de los pescadores. Jacinta le sigue.

ESCENA 3ª

Caverna, cuya entrada está cerrada con una gran puerta de madera: en lo alto, un agujero enteramente cubierto de yerbas parasitas, al que se sube por una larga serie de peldaños tallados en la roca: dos filas de escabeles y uno en medio: al lado de este una tosca mesa; y colgado á una asta un letrero en que se lee, en caracteres unciales (2)

JUICIO DE UNA DESPOSADA.

PEDRO, HECTOR, LEON Y LOS DE ZAMPARDI; GUIDO, ALEJO Y LOS DE TOBIANCHI.

Guido á Pedro. Estamos todos aquí. Recusais, acaso, á alguno de los míos para juez?

Pedro. Á ninguno. Y vos?

Guido señalando á Hector. Á este, si liguro se ha vuelto cual la divisa que ceñió.

Hector. Cuando ciego de rabia y venganza mi acero con sangre teñí, fui yo liguro ó corso?

Los de Tobianchi á Guido. Quede.

Guido á Pedro. Permanezca, pues. Salga Leon por aquel oculto paso, y si á turbarnos vienen fuerzas genovesas, resuene la corneta

Vase Leon por el agujero. Guido pone un papel encima de la mesa, y siéntanse despues todos: los de Zampardi á un lado y los de Tobianchi al opuesto.

Todos. Abierta está la venganza.

Guido levantándose. Oid. Reunidos en este sitio en otra ocasion estuvimos, cuando, despues de un siglo entero de indignacion, de paz se trataba, y sagrada prenda de ella era el prometido himeneo de nuestros hijos.

Señalando á sí mismo y á Pedro.

He aqui los pactos por estos firmados.

Pedro. Demasiado verdad es!

Guido. Impone la corsa ley todos los deberes de esposa á una desposada doncella. Cual es pues la pena para muger perjura y adúltera?

Los de Tobianchi con fuerza.

La de muerte.

Guido á los de Zampardi. No hablais?

Hector. (Yerto me he quedado.)

Los de Zampardi sumisamente.

La de muerte.

Guido hace seña á uno de su familia que se vaya. Hector le sigue; esperando todos los demas inmóviles y silenciosos.

ESCENA 4.^a

ROSA, HECTOR, EL DE LOS DÉ TOBIANCHI, QUE HABIA SALIDO, Y DICHOS.

Hector, sosteniendo á Rosa, ceñida de la corona y el velo nupcial, cubierta de una palidez de muerte, la conduce al medio de la asamblea, y vuelve despues á su propio asiento. Esta queda sola, vuelve la vista á su padre, se acerca á él, se postra á sus pies, no atreviéndose á decir cosa alguna.

Pedro en voz, á pesar suyo, conmovida. Mira sentados los jueces; hacia ellos te has de volver.

Rosa hace un movimiento.

No te conozco..., apártate; ya hija mia no eres.

Enjugándose furtivamente los ojos.

(Esta importuna lágrima acusar quisiera mi corazón.

Rosa se levanta; y con los ojos bañados en lágrimas y vueltos al cielo, esclama:

Horrorosa pena me espera! Esposo y padre perdí.... Impetradme, cielos, asilo, abridme vuestros brazos, ó madre mia.... No rechazéis la súplica de un moribundo corazón.

Hector. (Ó cuan castigada está ya la infeliz de su culpa! Y valor tienen aun los bárbaros de amenazar su vida!..... Con su sangre, toda la mia habreis de derramar tambien!)

Los de Zampardi. (Á lo que conducia á la incauta un ciego y funes-

to amor!)

Guido, Alejo, los de Tobianchi con alegría feroz. Nuevo holocausto de sangre á nuestros abuelos ofrezcamos. Rosa es conducida á su lugar, junto á la mesa.

Guido. Sois vos, cuya mano, para extinguir las hereditarias rivalidades, era desde la infancia á mi hijo prometida?

Rosa. La misma.

Guido. Jurad, pues, ahora al cielo decir la verdad.

Rosa levanta la mano en señal de juramento.

Habeis, acaso, como se debe en Córcega, de una desposada observado la fé?

Hector. [Ah!]

Los de Tebianchi. Calla!

Guido. En este silencio manifiesta está la culpa, esposa infiel! La pone de rodillas y le arranca la corona y el velo. *Sigue.*

Dirigios al cielo. (*á Alejo.*) Hiere.

Alejo apunta el mosquete á Rosa.

Hector y Pedro. Deteneos....

Hector se precipita entre el arma de Alejo y su hermana: Pedro baja el cañon de la misma hacia Alejo.

Guido y Alejo. Ósase quebrantar la patria ley?

Pedro. Vosotros la violais.

Guido y Alejo. Como!

Pedro. Antes de matarla, no debéis, acaso, oirme á mí?

Los de Zampardi. Hable.

Los de Tobianchi. Si.

Pedro. Mi hija culpable es; castigada por mi ira terrible, tuvo remordimientos y vida; esposa, pero, no es traidora y adúltera. Solo yo aquel pacto firmé, y yo solo responder debo de él.

Va rápidamente á la mesa y se apodera del papel.

Guido, Alejo y los de Tobianchi.

Que haceis?

Pedro. Entre nosotros hubo sangre! y aun mas hemos de derramar. Vuelvo á tomar mi fe..... yá vínculo alguno nos estrecha.

Rompe el papel. Los de Tobianchi se levantan amenazadores. Pedro empuja á Rosa junto á Hector.

Rosa. Ó dia de horror!.....

Guido y Alejo. Ah, perjuro!

Los de Tobianchi. Ah, pérfida!...

Pedro. Vuélvase á las armas.

Rosa. Cielos!

Guido, Alejo, los de Zampardi y los de Tobianchi.

Á las armas.

Rosa queriendo acudir á la defensa de su padre. Padre!.....

Hector entreteniendo á Rosa; y lo mismo lo restante de la escena. Apártate.

Rosa. Déjame.....

Hector. No.

Rosa. Cruel!.....

Todos, menos Rosa, gritando confusamente y ciegos de la mas tremenda rabia.

Venganza! Venganza.... Esterminio!... Furor!.... Corra entorno el horror de la muerte! Herirnos podremos uno á otro á porfia!... Bañar en sangre nuestras manos á cual mejor! Jurando aborrecernos hasta despues de la tumba, podremos como corsos el espíritu exhalar.

Rosa. Si la sed de sangre tanto os abrasa, inhumanos, toda la mia bebed..... Yo la fé quebranté..... yo las iras encendia..... os he vendido á todos... á todos os ofendí.... En mí, en el pecho de la rea la venganza debeis cumplir... disparar la muerte.

Todos estan ya en ademan de descargar los mosquetes. Rosa cae desmayada en los brazos de su hermano, cuando se oye un sonido de corneta.

Todos menos Rosa. La señal.

ESCENA 5ª

LEON Y DICHO.

Leon. Daos prisa..... Los genoveses! Húyase.

Guido. No..... Con sangre nuestros usos defendamos.

Los de Tobianchi. Rebeldes? Jamas.
Rodeando á Guido.

ESCENA 6ª

Héchase abajo la puerta: descúbrese una bandera de los genoveses, teniendo estos los arcabuces apuntados. Á la cabeza de ellos Alberto pálido aun, sosteniéndose del brazo de un oficial; despues Jacinta y las mugeres de los de Zampardi. Los antedichos.

Alberto. El que ose oponer resistencia, sufra la pena de muerte.

Hector. Él! ...

Los corsos detiénense inmóviles, con las culatas en tierra. Los soldados entran en dos columnas y rodean el sitio.

Jacinta corriendo hacia Rosa.

Ánimo! Alberto vive.

Rosa volviendo en sí. Vive!... Ay!...

Pedro viendo á Alberto. Será verdad!

Alberto á Hector. Todo lo supe, y gracias doy al Cielo de no haber salido vencedor. (á Guido.) El magistrado á su presencia os llama.

(á un oficial que entrega un papel á Guido.) Sea conducido. (á Guido.) Leed.

Alejo. [Ó rabia!]

Guido despues de haber leído. Provocador de la venganza? Lo soy: ley es esta entre nosotros.

Alberto. Bárbara ley! Génova, pero, ahora aqui manda, y para siempre la anula. Retírese cada cual.

Guido da una tremenda ojeada á su hijo, y vase acompañado del oficial.

Alejo á Pedro y sus hijos. Corsos somos! Adios. Volvereisme á ver!

Vase seguido de los de Tobianchi. Los de Zampardi se apartan despues. Al-

gunos genoveses les siguen para vetar su dispersion.

Pedro mirando fieramente á Alberto.

Decidme vos ahora : anula, por ventura, Génova tambien la sagrada autoridad de padre ?

Alberto en tono de hijo sumiso.

Señor, amor la ofendió, amor, pues, la culpa enmiende. Recibió esta de mi padre el nombre de hija.

Da un papel á Rosa y le hace seña de presentarlo á Pedro. Esta no se atreve ; animada, pero, de Hector, se acerca á su padre. Este, sin mirarla, toma el papel y lo lee en silencio. Alberto sigue.

Arde el incienso en el templo : Ah ! Haced que ufana del consentimiento paternal, allí me siga ; y la Córcega, el mundo entero sabrá que ella es mi esposa.

Hector. Padre !.....

Leon y Jacinta. Ceded, Señor !.....

Las mugeres. Rindaos....

Pedro. Ella es muerta para mí. Si quereis, tomadla.

Rosa. No..... Maldecida, odiada tanto de mi padre, en el templo no entraré. Dios me arrojaria! No es así? en verdad. Yo demasiadamente culpable me hice para con vos! Manché vuestras canas, ofendí mi deber! Si la gracia paternal mi error no lava, estas lágrimas vanas son. Si tardio es mi remordimiento, renuncio á todo bien.... ningun caso hago ya de la vida..... arrepentida quiero morir.... espirar á vuestros pies.

Los demas, menos Pedro. Perdonad, y Dios clemente perdonará con vos.

Pedro. (Padre soy... Omnipotente habla la naturaleza en mí!

Alejo sin ser visto de alguno aparece al agujero. Pedro continua.

Levántate..... lo impongo. Ve al templo, sigue al esposo. Noto y solemne apresúrate á hacer el oculto

nudo; borra ante los hombres la mancha de tu culpa; vuelve y serante entonces abiertos los brazos de tu padre.

Rosa fuera de sí de gozo. Será verdad!.... Dijisteis?....

Alberto, Hector, Jacinta, Leon. Ó júbilo.....

Las mugeres. Perdonará... Ánimo.

Rosa. Padre mio, estas lágrimas hijas son del contento. Lo que no puede la voz, el llanto os lo espresa. Ay! Hablad... Decidme que no deliro ahora.... Asegúreme un abrazo vuestro que soñando no estoy.

Los demas.

Ven, y en el ara asegúrate
Id, y en el ara aseguraos
de que Dios te os es propicio.

Las mugeres cogen la corona y el velo y lo vuelven á poner todo sobre la cabeza de Rosa, Alberto la toma de la mano y, seguidos de Hector, Ja-

cinta y las mugeres, se dirigen á los altares, llenòs todos de la mayor alegría, cuando se oye un mosquetazo del qué Rosa queda herida.

Todos con un agudísimo grito de espanto. Ay!

Rosa cae en los brazos de Alberto.

Hector y Leon. Horrible traicion! Al descubrir á Alejo, todavía en la actitud de descargar un arcabuz.

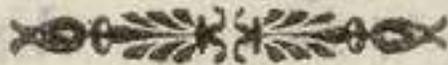
Pedro corriendo á su hija. Hija mia!....

Alejo. No existe yá.

Todos con exclamaciones y acciones de desesperado dolor se reúnen al rededor del cadáver; en tanto los soldados suben rápidamente la escalera, se apoderan de Alejo, que se ha quedado firme en el sitio, contemplando con sonrisa diabólica su venganza.

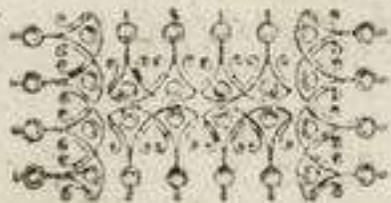
FIN.

NOTAS.



(1) La Liguria era una region de Italia, entre el Po, el Mediterraneo, el Var, los Alpes y la Etruria. Segun ciertos autores, descienden los Liguros de los Griegos, segun otros, de los Galos, y por último, segun algunos, de los Germanos. Al principio habitaron aquellos el pais que formó despues el Estado de Génova, extendiéndose, en seguida hacia el Norte. Los Liguros poseyeron el Piamonte y las tierras comprendidas entre el Ródano y el Var, socorrieron á los Cartagineses y fueron sometidos por los Romanos. Su forma de gobierno era aristocrática. Génova era la capital.

(2) Los Italianos dan el nombre de *cubitales* á las letras que otras naciones llaman *unciales*, y son unos caracteres antiguos de una pulgada de alto, dichos así á motivo de que, entre los Romanos, era la onza la duodécima parte del pié, esto es, una pulgada. El autor quiere expresar aquí unas letras capitales muy grandes, usadas en otro tiempo en letreros y epitafios.



Erratas.

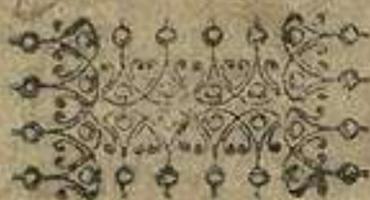
<i>Página</i>	<i>línea</i>	<i>dice</i>	<i>léase</i>
6, 17, y 27	6, 5, y 22	Ves	Ve
27	11	Únete	Únate
28	10	sallozos	sollozos
34	16	sea	será
37	15	convertió	convirtió
41	21	ceñió	ciñió



Se halla de venta en casa

Se halla de venta en casa
del Sr. Mascaró, en la ca-
lle Nueva, en casa del Sr.
Orfila, calle del Arraval
y en la misma imprenta,
calle Cos de Gracia, nú-
mero 124.

Bartholomeus



*Madrid a 25 de junio
de 1862*